

# LA POLITICA Y LA LOGIA: JOSE HERNÁNDEZ Y SUS COINCIDENCIAS CON EL PRESIDENTE SARMIENTO EN 1870

**El acercamiento político de los padres del *Facundo* y el *Martín Fierro*, o de cuando la masonería fue nexa entre liberales y federales en un año clave del conflictivo periodo de consolidación del estado nacional.**

Por Florencia Pagni y Fernando Cesaretti

## **Entre montoneras y colonos suizos**

A principios del año 1870 el presidente Sarmiento desembarca en Concepción del Uruguay. Su viaje al *Arroyo de la China*, bastión simbólico desde los tiempos de Pancho Ramírez de la vocación autonómica de los ganaderos entrerrianos, obedece a una forzada estrategia de búsqueda de apoyos a su gestión de gobierno. Permanentemente hostigado por el mitrismo desde su asunción a la primera magistratura en 1868, y carente de partido o facción que le responda plenamente, el sanjuanino se acerca entonces al Señor de Entre Ríos, a ese Justo José de Urquiza que pese a su sinuosidad y cautela política de los últimos años, aún es considerado por los federales argentinos como su jefe natural (aunque cada vez con mayores reservas y reparos).

El viaje es preparado de manera teatral para que la espectacularidad escénica hable a propios y extraños de la intencionalidad política expresamente manifestada en el mismo. Hasta la ambigüedad es plenamente direccionada en tal sentido. Así, si el vapor que hace las veces de buque presidencial tiene el ofensivo nombre de *Pavón*, no es dato menor que a bordo del mismo también viaja acompañando al presidente, Héctor Varela, hijo de Florencio –mártir de la causa unitaria- y director de *La Tribuna*, diario porteño de gran popularidad que ha hecho del antifederalismo su bandera. La presencia de Varela en la comitiva es un claro gesto de conciliación.

El anfitrión actúa en consonancia. Su residencia italianizante en la que casi todo -desde la góndola veneciana del lago artificial hasta la última pieza del menaje- ha sido importado de Europa, es puesta a disposición del primer magistrado. Es allí entonces en ese Palacio San José donde Sarmiento, tras soportar estoicamente el desfile de la caballería entrerriana, para el una demostración del pasado de *barbarie* contra el que viene luchando desde toda la vida, asiste a otro fenómeno inscripto en el lado de la *civilización*: los suizos de la cercana colonia fundada por Urquiza, acuden a aclamarlo transportados en sus carros de cuatro ruedas, constituyendo un espectáculo que al presidente le memora su admirada Norteamérica.

En este marco forzosamente idílico a horcajadas de lo viejo y lo nuevo, es donde Sarmiento proclama haber descubierto en Urquiza modos políticos de conducción dignos de imitar, olvidando que hasta ayer nomás pedía para este el mismo destino que para Rosas (Southampton o la horca). Hay más allá de

las inevitables hipocresías de rigor, una decisión evidente de tomar distancias con el liberalismo mitrista y acortarlas con el federalismo urquicista.

### **Matraca, soldado y periodista confederado**

Esta reconciliación entre el presidente Sarmiento y el líder del federalismo encuentra un efusivo apoyo en las páginas de un diario de Buenos Aires. Fundado el año anterior, *El Río de la Plata* es la tribuna que expresa la opinión de su creador, José Hernández. En esa hora que considera histórica para el futuro del país, Hernández se asume a la vez como un fiel urquicista y como un crítico imparcial de la gestión del gobierno nacional. Una imparcialidad nada hostil por otra parte, al punto que recurrentemente debe salir a defenderse de la acusación de oficialista que otros periódicos endilgan al suyo.

Relativamente joven, es sin embargo a sus treinta y cinco años un veterano de la política y el periodismo argentino. Nacido en Buenos Aires en las vísperas de la dictadura rosista, desciende por vía materna de una familia de la élite porteña: los Pueyrredón (solía minimizar este hecho afirmando con el sentido del humor que sus contemporáneos le reconocieron al darle el sobrenombre de *Matraca*: -yo soy Hernández "solito").

En el agitado año que sigue a la caída de Rosas toma las armas en defensa de los intereses de su provincia, pero un bienio después se instala en la capital de la Confederación Argentina, definitivamente alejado del gobierno secesionista porteño. Allí en Paraná se integra al débil aparato burocrático en calidad de funcionario menor y polifuncional. Ejerce también funciones de corresponsal que culminan en 1860 cuando Hernández entra definitivamente al mundo del periodismo, dirigiendo hojas facciosas forzosamente ligadas al presupuesto oficial, única forma de sobrevivencia económica y política de estos órganos de prensa en ese tiempo y en ese medio.

Cuando en 1861 se produce el derrumbe de la Confederación, participa en los episodios bélicos que efectivizaron militarmente esa caída. En setiembre con el grado de capitán, José Hernández contempla azorado en Pavón como la victoria federal en el campo de batalla se transforma en confusa retirada por la actitud displicente de Urquiza. Unos días después es uno de los pocos que salva el pellejo en la masacre de Cañada de Gómez, cuando el resto orgánico del ejército confederado es sorprendido y destrozado por las fuerzas mitristas comandadas por el oriental Venancio Flores, uno de los tantos oficiales uruguayos que consolidarán a sangre y fuego el nuevo orden de cosas favorable a Buenos Aires en el Interior.

Esta brutalidad planteó un claro interrogante sobre los alcances de la voluntad del gobernador porteño Bartolomé Mitre de pacificar el país. Los vencedores se expresaban con una dualidad desconcertante. Así se entiende como el general Flores recibió una pública reconvención por haber mandado degollar a cientos de prisioneros (por cruel paradoja muchos de ellos eran porteños exilados que habían abrazado la causa nacional poniéndose al servicio del gobierno de Paraná), pero pocos días después Mitre le confió nuevas y más importantes responsabilidades militares

Esa dualidad expresaba también los límites de una victoria pírrica. Mitre se encuentra en virtud de ella como responsable de la reconstitución del estado argentino, por primera vez desde 1820 unido políticamente. Es una unión endeble. El partido liberal no puede ignorar la influencia de Urquiza en la

Mesopotamia. El mitrismo no va intentar siquiera avanzar sobre las provincias litorales del Este. Más aún, Mitre considera que en algunas provincias mediterráneas la inexistencia entre las élites locales de un grupo liberal impide intentar cambiar en ellas la situación política. Sin embargo estas conclusiones del jefe del Partido de la Libertad despiertan la indignación en su base de apoyo: los sectores urbanos porteños que no se resignan a desaprovechar una victoria que pírrica o no (mejor dicho pactada o no, que eso sigue constituyendo el interrogante de Pavón) les pertenece.

En virtud de ese clamor ciudadano el mitrismo solo mantiene su acuerdo explícito de no agresión con el urquizismo y se lanza a la remoción de los gobernadores federales del interior mediterráneo utilizando la “persuasión” de los destacamentos porteños comandados por los expeditivos oficiales uruguayos, logrando así el vuelco pacífico de algunas situaciones locales ante esa amenaza. Es una empresa que gracias a la crueldad con la que se la acomete resulta más fácil de lo que en un principio parecía y que solo encuentra la seria resistencia de las provincias del arcaico poniente argentino, especialmente de La Rioja, que finalmente es doblegada en noviembre de 1863 cuando su hombre fuerte, Ángel Peñaloza, es capturado y ejecutado.

### **“Los salvajes unitarios están de fiesta”**

Esta frase se convirtió en la segunda mitad del siglo XX en una de las más memorables del catecismo del revisionismo histórico que encontró en ella la síntesis del odio y el resentimiento que el liberalismo mitrista expresó después de Pavón contra la causa federal. José Hernández es el autor de la misma y la formula como inicial golpe de efecto de una serial folletinera que publica en *El Argentino* de Paraná a poco de conocerse el brutal asesinato de Peñaloza. Más allá del evidente anacronismo de la misma (en 1863 nada quedaba de la “feliz experiencia rivadaviana” ni nadie seriamente intentaba reeditarla), da cabeza a un escrito que si bien elaborado con explícito maniqueísmo binario en el que enfrenta a un *Chacho* “...valiente, generoso y caballeresco...uno de aquellos corazones que no conocen jamás el odio, el rencor, la venganza ni el miedo” desigualmente enfrentado a esos “salvajes unitarios” del Partido de la Libertad de porteños y aporteñados, sorprendentemente introduce una actitud crítica respecto a la figura del jefe del federalismo. Para Hernández, Urquiza después de su equívoca actuación en los sucesos de Pavón nunca volverá a defender la causa federal con las armas sino que “se entregará como inofensivo cordero al puñal de los asesinos”. Profética definición que erró solamente en un detalle: que asesinos empuñarían el puñal.

Pero no nos adelantemos en la crónica. A fines de 1864 Hernández que continúa en Paraná se suma al clamor federal de defender Paysandú, bastión de los blancos orientales que es sitiada por el caudillo colorado Venancio Flores (el mismo de la degollina de Cañada de Gómez) con la ayuda de fuerzas brasileñas de mar y tierra y la complicidad del gobierno argentino que paga así los buenos servicios que le brindara Flores poco tiempo atrás. Los federales entrerrianos reclaman la actuación de Urquiza en defensa de la ciudad sitiada, pero éste no se mueve argumentando neutralidad, continuando con su titubeante línea política que al final se le revelará literalmente suicida. Entonces Hernández se moviliza (lo acompañan entre otros destacados federales, Carlos Guido Spano) hacia el lugar pero llegan cuando los sitiados ya han sido

derrotados tras ser el poblado literalmente reducido a escombros por el bombardeo de la escuadra imperial. Logra rescatar a su hermano Rafael y retorna a Paraná con un indecible odio a Mitre y al mitrismo y un fuerte resquemor a Urquiza.

En 1867 y 68 participa activamente en la política correntina apoyando a la gestión del federal Evaristo López, del que será su ministro de gobierno. Derrocado aquel por una asonada liberal, se involucra en las múltiples e infructuosas peripecias para reponerlo, llegando a entrevistarse junto al mandatario provincial depuesto con el flamante presidente de la Nación, Domingo Faustino Sarmiento. No es la primera vez que se ven. El encuentro inicial será recordado mucho después con desprecio por Hernández en rencorosas páginas. Escribirá en 1875:

“Hace aproximadamente quince años, tuvo lugar en Santa Fe, una Convención Nacional para considerar las reformas que Buenos Aires presentaba a la Constitución. Ocupábamos en ella el puesto de taquígrafo. En la silla derecha, en el primer asiento, se encontraba un convencional que se revolvió agitándose continuamente en la silla. Miraba a todas partes como un desaforado, manifestando en todos sus movimientos una agitación y algo de un malestar que no le permitía permanecer tranquilo. De pronto hace un movimiento rápido y se saca un botín, a pocos minutos el otro, coloca los pies cubiertos solo con las medias, sobre aquellos zapatos que tanto lo habían mortificado, y respirando fuertemente, como quien se libra de una gran incomodidad, permanece tranquilo, como en el retiro de su casa, delante de la respetable asamblea. Ese hombre era el Sr. Sarmiento, y ese fue el día y las circunstancias en que le conocí, bajo la impresión que cada uno de los lectores puede calcular que produciría en el observador, aquel hecho de intimidad y confianza con la Convención y con el público. De allí parten mis relaciones de vista con el Sr. Sarmiento, por quien después he sido perseguido sin tregua”.

### **La segunda generación romántica**

Sin embargo no siempre Hernández ha sido perseguido sin tregua por Sarmiento. Hubo una tregua tácita e interesada que pudo haber fructificado en una comunión de intereses. Hacia 1868 la figura de Hernández constituía el emergente más notable de lo que el grupo liberal porteño llamó despectivamente “la segunda generación romántica”, curiosa forma de ocultar la naturaleza militante tanto literaria como política de sus miembros. Carlos Guido Spano, Olegario Andrade, Miguel Navarro Viola y Estanislao Zeballos integraban una lista a la que se podría sumar al blanco oriental Luis Alberto de Herrera, que habían asumido la tarea de atestiguar la tragedia del federalismo del interior argentino a manos de los ejércitos porteños. Frente a la campaña de desinformación de la prensa mitrista, estos escritores y publicistas, igualmente facciosos, afirman la existencia de un federalismo constitucionalista y antiporteño que pese a la tarea de aniquilación que sufrió tras Pavón, sigue siendo el eje desde el cual pensar el futuro de Nación.

De todos ellos, nadie como Hernández entiende las posibilidades que abre la presidencia de Sarmiento. Frente a la decadencia del Partido de la Libertad, desgastado a tal punto por la guerra contra el Paraguay y la resistencia del interior mediterráneo, que Mitre no puede imponer su dedo elector para ungir a su propio candidato, logrando apenas cerrar el camino a una segunda

presidencia de Urquiza con la candidatura transaccional del sanjuanino; Hernández avizora nuevas oportunidades para la causa federal, veterana de tantas derrotas.

Hernández es un político consumado que inflama a la prédica que desde 1869 exterioriza desde *El Río de la Plata*, una efectiva dosis de oportunismo a valores que el entiende fundamentales. Su federalismo es sincero, como sincero es su furibundo antimitristismo. Pero ambos valores nunca se convierten en artículo de fe. Racional antes que dogmático, Hernández entiende que es necesaria una reformulación de las prácticas facciosas que ha tenido que sobrellevar el federalismo en esa década de discordia civil. En el nuevo consenso nacional que se avizora, la militancia federal puede engrosar el mismo en pie de igualdad a las facciones liberales que han roto lanzas con un mitristismo que ha pasado a ser oposición, tras pretenderse durante los años de la presidencia de su jefe, oficialismo hegemónico a horcajadas de la moderación y de la brutalidad alterna de sus medidas de gobierno.

En esta clave se entiende el apoyo entusiasta de Hernández al encuentro conciliatorio de 1870 de su enemigo de ayer (Sarmiento) con el menguado pero jefe al fin del federalismo (Urquiza). En esa hora histórica estas tres figuras integran por derecho propio lo más influyente de la clase política.

### **Grandes y aceptados masones**

Esta comunión de intereses en principio divergentes tiene también como dato no menor (aunque siempre se lo tiende a minimizar) la común pertenencia a una institución heterogénea y por tanto difícil de clasificar en sentido unívoco: la masonería. Ha fines de esa conflictiva década ser masón no es solo una moda para Hernández. Es la forma políticamente correcta de identificarse con un liberalismo despojado decorosamente de su halo mitrista. Ese redefinido liberalismo no es incompatible con el ideario federal. Por el contrario es el Partido de la Libertad el que no se adecua a las nuevas circunstancias. Aún en cuestiones aparentemente tangenciales como la práctica externa de los rituales masónicos. En esa clave se entiende la reticencia ceremonial y militante de un antiguo hermano masón, Bartolomé Mitre.

Hernández ofrece en cambio una adhesión sin reticencias a la masonería. La entiende un vehículo ideal para mediar en la coyuntura política, dado que todos los hombres de importancia de las distintas facciones que buscan –con la explícita excepción del mitristismo porteño– ese “nueva unanimidad nacional” superadora de los sombríos furores del pasado inmediato, pertenecen con mayor o menor grado de compromiso a la Gran Logia de la Argentina de grandes y aceptados masones.

La gran conciliación producida en el palacio San José de febrero de 1870 amerita también entonces el ser leída como el encuentro entre el gran hermano Sarmiento con el gran hermano Urquiza. Y es en esa clave en la que el gran hermano Hernández hará visible el hecho político a través de las páginas de *El Río de la Plata*, decidido vocero en esos días de ese liberalismo moderado que hace jugar en la misma sintonía que el federalismo, a una opinión pública porteña que entiende receptiva a dejar de lado su mitristismo de ayer por anacrónico y sectario, y asumirse protagonista junto a sus cofrades del interior de la nueva situación. Tarea no tan difícil como en un principio parece, toda vez que la masonería se convierte en el sostén de este nuevo credo liberal,

igualitario y democrático. Si a la vez el federalismo, expurgado de su rémora rosista, se torna en su defensa acérrima de la constitución jurada en Santa Fe en 1853, también igualitario y democrático, el consenso del que Hernández se asume como vocero, está arribando a puerto seguro. Sin embargo la tempestad está al acecho, pronta a hundir esa esperanza.

### **Sangre en Entre Ríos**

La primera es la Justo José de Urquiza, que el 11 de abril de 1870 se hace reguero por los pasillos de su epicúreo palacio del naciente entrerriano. El asesinato no fue obra de los enemigos de otrora sino de sus cansados partidarios que encabezados por su segundón Ricardo López Jordán, terminaron con su gobierno y su persona. José Hernández es amigo de varios de los cabecillas de la revolución provincial. Con un optimismo que le ciega su habitual agudeza de análisis, cree que aún es posible salvar la frágil entente establecida entre el gobierno nacional y el federalismo entrerriano. Así no ha pasado una semana de la muerte de Urquiza cuando en *El Río de la Plata* manifiesta su esperanza de que López Jordán castigue a los perpetradores del crimen que lo benefició y llame a elecciones para gobernador, excluyéndose de la puja para demostrar su intención de no ser un obstáculo en el proceso de acercamiento con Sarmiento iniciado por el finado Capitán General.

Pero el sobrino del ya legendario Pancho Ramírez no puede o no quiere dar esas muestras de conciliación. Tampoco lo acepta el gobierno nacional. Sarmiento lanza toda la fuerza de un ejército fogueado en los esteros paraguayos y armado por vez primera con parámetros modernos contra el jornalismo, a quien no le queda sino una resistencia desesperada. El desenlace del conflicto se torna obvio: por vez primera ametralladoras Krupp se enfrentan a chuzas y tacuaras.

Entre las huestes de derrotados se encontrará José Hernández, que tras cerrar su diario en Buenos Aires se suma lealmente a la causa jordanista. Su trayectoria convierte a ese paso en ineludible. El primer alzamiento termina entonces en previsible derrota para el federalismo entrerriano, partiendo sus dirigentes al exilio. Será en esa difícil situación cuando Hernández parirá el personaje que lo sobrevivirá y oscurecerá sus múltiples facetas en virtud de la de poeta gauchesco, refulgente esta como padre de la criatura. Entre Santa Ana do Livramento y Montevideo da sus primeros vagidos el gaucho Martín Fierro.

En esos años el jordanismo es tentado por el mitrismo para hacer causa común contra el gobierno nacional. Muchos dirigentes federales están dispuestos a aceptar en su orfandad de medios, esa alianza. José Hernández no. “Antes que Mitre, cualquiera” denuncia enfáticamente. En virtud de esa firme toma de posición, hacia 1874 con motivo de la conflictiva sucesión presidencial hay en Hernández una reconciliación oblicuamente transversal con Sarmiento. “Antes que Mitre, cualquiera”. Pero Nicolás Avellaneda no es cualquiera. Es la continuación política de la figura admirada y aborrecida alternativamente por Hernández. De allí su ambigua posición respecto a Sarmiento en esos años. Por un lado la diatriba de 1875 ya citada, escrita en una narrativa paupérrima y demagógica, indigna de un intelectual de su talla. Por el otro su reconocimiento al tipo de liberalismo que encarnaba el sanjuanino, plenamente compatible con

su propio compromiso con la reconciliación en aras de un ideal de nación y de pueblo que es posible materializar a partir de un aparato estatal consolidado. El desenlace de este proceso del que fue partícipe, antes como opositor a un Mitre agente de una facción, luego como publicista crítico y oficioso de un Sarmiento que se instituyó independiente a las facciones y finalmente como sostenedor de un Avellaneda dispuesto a arbitrar por y sobre las mismas, encuentra a Hernández finalmente dando asentimiento fervoroso a un roquismo que impone sus modos de gobierno en un estado por primera vez definitivamente consolidado. En la presidencia de Roca ve José Hernández el tiempo de clausura de estériles conflictos y el comienzo por fin, de una nueva etapa. Lo que no fue posible en 1870 tal vez lo sea a partir de 1880.

Senador nacional en esos primeros años de orden tras la debacle del orden español siete décadas ha, este cincuentón jovial y peligrosamente excedido de peso, que ha comenzado su vida política en su arcadia perdida y rural de finales de la dictadura rosista, se encuentra ¡signos de los tiempos! presidiendo ceremonias de la creciente comunidad italiana, en tanto miembro conspicuo de la masonería, a la que también pertenece la élite de la inmigración peninsular.

En esos años va siendo fagocitado por la criatura que ha creado en el módico exilio al que lo llevó su compromiso militante con la causa perdida del jordanismo. Pese a la opinión de Jorge Abelardo Ramos, un trasnochado historiador revisionista de atrapante y engañosa narrativa, no habrá que esperar hasta 1913 para que Leopoldo Lugones descubra a los argentinos que tenían un poema épico. Mucho antes, en octubre de 1886, un diario encabezó su primera plana de manera efectista jugando con la tácita complicidad de sus lectores titulado: "Murió el senador Martín Fierro".

En realidad finaba uno de los dos hombres que en acertada definición de Halperín Donghi se constituyeron pese a sus vacilaciones y contramarchas en los más claros adalides del desafío al orden patriarcal y conservador impulsando propuestas más abarcadoras y democráticas. El otro propulsor de esa idea de ciudadanía ampliada murió casi dos años después en Asunción. El día del nacimiento del primero sirve de celebración anual a una supuesta tradición nacional; el día de la muerte del segundo se ha constituido en la fecha en la cual los docentes se autocelebran utilizando de rehenes para tal festejo a sus alumnos. Posiblemente ni José Hernández ni Domingo Faustino Sarmiento estarían de acuerdo con la utilización de sus nombres en la perpetración de tales tropelías efeméricas. Pero...después de todo el mundo es de los "vivos" y desde la tumba no hay reclamo posible.

**Florencia Pagni y Fernando Cesaretti.**  
**Escuela de Historia. Universidad Nacional de Rosario**  
[grupo\\_efefe@yahoo.com.ar](mailto:grupo_efefe@yahoo.com.ar)

## **BIBLIOGRAFIA**

CHAVEZ, Fermín. *La vuelta de José Hernández*, Ediciones Teoría, Bs. As., 1973

KATRA, William H. *The Argentine Generation of 1837*, Emecé Editores, Bs. As., 2000.

HALPERIN DONGHI, Tulio. *José Hernández y sus mundos*, Ed. Sudamericana, Bs. As., 1985.

\_\_\_\_\_. *Una Nación para el Desierto Argentino*, Ed. Prometeo, Bs. As., 2005.